

La transfiguración de Gregorio Samsa o De la monstruosidad interior como insecticida

Jorge Mejía Toro

La idea de *La transformación*, que le oprime hasta lo más íntimo, le viene a Kafka en la miseria de la cama. Entonces escribe: “Cuando Gregorio Samsa despertó una mañana de sueños intranquilos se encontró en su cama transformado en un insecto monstruoso”.¹

Kafka lamenta no disponer de toda la noche para escribir la historia de un solo tirón, como hiciera con *La condena*. Escribir hasta el alba sería para él una bella noche. Más tarde dirá que un relato como *La transformación* resiste a lo sumo una interrupción entre dos noches de diez horas cada una. Las interrupciones afectan ante todo la pureza del relato. Para colmo, los viajes de trabajo dejan huellas fatales en la historia de este viajante confinado en su habitación.

La situación en la oficina, la incertidumbre de su noviazgo con Felice Bauer, la interrupción de la novela *El desaparecido* le provocan un deseo salvaje de proseguir el nuevo relato, al que da el carácter de advertencia.

Pensaba que de su “pequeña ocurrencia” iba a salir un cuento breve, más poesía que narrativa, como él mismo dice de *La condena*, pero asiste a la transformación de la idea en una historia extensa. No se la envía a su novia porque le parece bastante ilegible, aunque no es propiamente “escritura bonita” lo que le ha dado a leer. Marrullero, dice: “Sí, sería bello leerte esta historia y verme obligado a tomar tu mano, pues es un poco aterradora”. Miedo el que intenta hacerle sentir con sus cartas para dilatar al máximo los encuentros. “Pero lástima no poder leértela, lástima, lástima”.



José Horacio Martínez Méndez. Serie Dibujos diarios. Tinta china/papel, 27 x 21 cm, 2013

La historia de Gregorio Samsa le parece nauseabunda, mas no por ello se siente descontento de ella “en general”. Y vuelve a su maña, le escribe a la novia: “Ya ves, tales cosas vienen del mismo corazón en el que moras, al que toleras como morada”. La tranquiliza con la idea de que escribiendo se purifica y dignifica para ella. Solo que debe faltar mucha suciedad por liberar y, claro, no hay noche que alcance para esa tarea que, por lo demás, le brinda extrema voluptuosidad.

Considera que las erratas en la escritura son indicios de la dificultad de pasar y adaptarse al mundo real que es, para él, la literatura y no lo que suele llamarse realidad: “Cuando uno cierra las puertas y las ventanas a este mundo produce aquí y allá la apariencia y casi el inicio de la realidad de una bella existencia”.

Cuando va por la tercera parte del relato arde de entusiasmo. Allí los padres y la hermana están absorbidos por sus respectivos empleos y en un cuarto de la casa viven ahora tres inquilinos (de esos señores que ni siendo tres alcanzan a ser uno). La habitación de Gregorio se ha ido llenando de chécheres y él es uno más entre ellos, a tal punto que alguien, en algún momento, olvida cerrar la puerta y el insecto sale con las mejores intenciones del mundo. Pero la hermana, quien antes ha reivindicado para sí una extraña jurisdicción sobre aquella habitación, ve ahora la necesidad de que el animal se vaya de la casa —le atribuye la pretensión de apoderarse de ella— y acaba por sentenciar a muerte al insecto que, dice, ya no es Gregorio: en cuanto este retrocede, ella cierra la puerta con llave y exclama: “¡Al fin!”. El insecto, viéndose rodeado de oscuridad, se pregunta: “¿Y ahora?”. Pensando con emoción y amor en su familia, sabe que solo resta morir y lleva a cabo la tarea al rayar el alba, en un estado de meditación vacía y apacible. Su final está emparentado con el de Georg Bendemann en *La condena*. Por cierto que de nada servirá morir, una vez más, por el género humano.

Kafka debe contenerse para impedir que su corazón palpitante lo meta más en la historia, distanciamiento que tal vez no es del todo posible a juzgar por lo que delata esta carta a la novia: “¡Llora, queridísima, llora, ha llegado el momento del llanto! El héroe de mi pequeña historia acaba de morir. Si te sirve de consuelo, te diré que ha muerto en paz y reconciliado con todos”.

Leyendo la historia a sus amigos llega al paroxismo; en casa, le parece mala, ilegible el final e imperfecto casi de raíz. Siente una aversión inmensa hacia el relato.

Un año más tarde, Kafka duda enviar la historia a Grete Bloch (amiga de Felice Bauer que jugará un papel equívoco en el tormentoso noviazgo), quien le ha preguntado si puede esperarla con alegría: si *El fogonero* no le gustó, menos le gustará *La transformación*. Con su viveza para manejar el género epistolar en sus relaciones con el género femenino (suponiendo que ambos géneros no fueran lo mismo), Kafka añade que el relato sí ansía verla a ella y que la protagonista lleva su mismo nombre y le hace honor al menos en la primera parte, porque después renuncia, vive su vida y abandona a quien la necesita. Al final, estira sus formas juveniles: no tardará en casarse y en arrastrar los pies como su madre.

Ante la inminente publicación de *La transformación*, Kafka aduce su mejor conocimiento del relato para evitar que el ilustrador de la cubierta represente al insecto: “No es posible dibujar el insecto. Ni siquiera mostrarlo de lejos”. Y sugiere temas como: los padres y el apoderado ante la puerta cerrada de la habitación de Gregorio Samsa; o, mejor aún: los padres y la hermana en la sala de estar, fuertemente iluminada, y la puerta entreabierta del cuarto a oscuras del insecto.

Una reseña rechaza el relato, pero concede que el arte narrativo de Kafka posee “algo del más puro alemán”, mientras que la reseña del amigo Max Brod incluye sus narraciones “entre los documentos judíos” de nuestro tiempo. Kafka se pregunta si él es uno de esos jinetes de circo que cabalgan sobre dos corceles. Es la pregunta de alguien que está tirado en el suelo.

En 1922 Kafka se entera por casualidad de que el escritor húngaro residente en Berlín, Sandor

Márai, tradujo *La transformación* (y *La condena*). Solicita entonces los derechos exclusivos de traducción de su obra a la lengua húngara para su médico y amigo Robert Klopstock. Se cumple, una vez más, aquello de que los escritores no conocen nunca a sus verdaderos lectores. Y aquello de que los soles son invisibles para los soles.

Tiempo atrás se había enterado también de que en el libro *Trastornos patológicos de la vida de las pulsiones y los afectos (Onanismo y homosexualidad)*, del doctor Wilhelm Stekel, “o algo así”, hay cinco renglones sobre *La transformación* y siente curiosidad de saber qué dice ese psicoanalista que, según él, convierte a Freud en menuda. ¿Tal vez se refiere a los sueños inquietos de los que Gregorio Samsa despierta transformado en insecto? ¿Y a los punticos blancos que ve en su vientre? ¿Y también al modo como, avanzado ya su proceso de transformación en insecto, se pega a la foto de la dama que recortó de una revista y puso en un marco hecho por él mismo, que la madre pondera en tan oportuno momento (“ya lo verá usted, señor apoderado, cuando Gregorio abra la puerta”)? Capaz habrá sido el doctor de referirse en apenas cinco líneas aun al momento en que el insecto, ya renqueante, cubierto de polvo y sobras y con una manzana podrida incrustada en su espalda (se la arrojó el padre antes de transformarse de anciano achacoso sostenido por el hijo, a causa de la bancarota de su negocio, en vigoroso empleado que ni siquiera en casa se quita el uniforme), se acerca a la hermana avanzando a cabezazos, atraído irresistiblemente por la música de su violín, y desea subírsele hasta el hombro y besarle el cuello y renovarle la promesa de enviarla al conservatorio.

Una enfermedad penosa, una lenta agonía provocan en el mundo familiar y laboral el mismo efecto monstruoso que provoca Gregorio Samsa (y no por ello debemos creer que



José Horacio Martínez Méndez. Serie Dibujos diarios.
Tinta china/papel, 27 x 21 cm, 2013

La transformación es reescritura de *La muerte de Iván Ilich*, de Tolstoi). Es más, si el relato de Kafka se llevara al teatro, el papel del insecto podría representarlo un hombre desnudo.

El lector de *La transformación* pasa por un proceso semejante al de la familia de Gregorio Samsa y no sabe qué hacer con el insecto ni dónde ponerlo hasta que, finalmente, lo clasifica como metáfora de esas personas a las que llaman “bichos raros”. ¿A qué se deberá esta necesidad de transformar la transformación? ¿Es porque nadie quiere tener de pariente a un monstruo, es decir, en últimas, porque el mísero ser humano se siente demasiado cercano a él?

Cuando Gregorio Samsa despertó una mañana de sueños desapacibles se encontró en su cama transformado en una monstruosa metáfora. ¿Será que su padre es símbolo —y

simbolito, la manzana—; su madre, alegoría (o algarabía, como la llamaba Quevedo); y su hermana, metonimia? Gregorio Samsa sería una metáfora que al yacer sobre la espalda queda tan impedida como una cucaracha patas arriba, pero que al caer a tierra reconocerá la razón de ser de sus escuálidas patas y no tardará en disfrutar de las paredes y el techo y saborear como suyo el filosófico aire de las alturas. Metáfora, pues, que se va llenando de pelos, pelusas y sobras de comida y cuya espalda hospeda el podrido simbolito que le arrojara el padre. Metáfora, por lo demás, que calma su vientre ardiente en el frío cristal que cubre a la mujer.

Y es, sobre todo, metáfora que se siente irresistiblemente atraída por la música de la metonimia y tal vez por eso, cuando habla, uno no sabe si ha oído lo que oyó (como suele ocurrir con la poesía):

¡La dulce voz! Gregorio se aterró al oír la voz de su réplica, que era sin duda y de manera inconfundible su voz de antes, pero en la que, como desde abajo, se mezclaba un pío doloroso y no muy contenido que sólo en el primer momento dejaba formalmente a las palabras en su claridad, para destruirlas con la resonancia, de modo tal que uno no sabía si había oído bien.

Despertar transformado en insecto monstruoso, algo tan cotidiano como el poético deseo de quedarse en cama un día laboral, es pretexto suficiente para que los patronos y aun los seres queridos suelten el monstruo que llevan dentro. El relato de Kafka, cuyo comienzo prefigura el de *El proceso*, no nos ahorra ningún detalle de la transformación de “los que nos rodean” en monstruos de la sumisión. Como un pequeño ejemplo de análisis de las mezquindades de los mini-poderes, valga este murmullo del insecto Gregorio dirigido a su jefe inmediato en el momento en que este se dispone a huir escaleras abajo:

... el viajante, que está casi todo el año por fuera de la empresa, puede ser fácilmente víctima de habladurías, arbitrariedades y quejas infundadas de las que le es totalmente imposible defenderse, porque las más de las veces no se entera de ellas en absoluto y sólo en casa, al concluir exhausto un viaje, empieza a sentir en carne propia consecuencias funestas cuyas causas no son ya escrutables.

Kafka no ve *La transformación* como una confesión. Eso de revelar la plaga de la familia es más bien una indiscreción, indecente, si se la mide con los dudosos parámetros de la buena sociedad. Porque él no sitúa la animalidad del ser humano contemporáneo en la desnuda monstruosidad de Gregorio Samsa, sino en “el rebaño que marcha por las calles de las ciudades hacia el trabajo, el comedero y el esparcimiento” y cuyo preciso compás compara al de la burocracia. Y Kafka va del síntoma a la causa: aunque su vida natural es la vida humana, al hombre le es difícil vivir humanamente, le resulta demasiado cargoso y se lo sacude con la fantasía.

Nota

- 1 Las versiones de las citas de Kafka, literales o parafraseadas, son responsabilidad mía y proceden de los libros *Die Verwandlung* y *Über das Schreiben*. Del primero he consultado las versiones castellanas de Jorge Luis Borges (quien consideraba que la traducción de *Die Verwandlung* por *La metamorfosis* es un disparate) y Juan José del Solar; del segundo, la versión de Michael Faber-Kaiser, que lleva el título de *Escritos sobre sus escritos*.

Jorge Mejía Toro se desempeña como profesor en el Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia. Publicó recientemente el libro *Homero y Celan. Poetas en tiempo de guerra* con la Editorial Universidad de Antioquia. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.